



Una carta para la humanidad

por Anthony Buzzard

(Tomado del libro “Nuestros Padres que no están en el Cielo”, capítulo 6)

Para que tenga sentido el ministerio de Jesús y su invariable mensaje, debemos entrar en el mundo del pensamiento del judaísmo del siglo I y ponernos al corriente con la Biblia de Israel, las Escrituras Hebreas a las cuales Jesús era devoto. En estos documentos preciosos se encuentran las ideas principales que moldearon el pensamiento del joven Jesús. Sabiéndose el heredero al trono de David, Él estaría atraído por esa sección de la Biblia Hebrea que contuvo la base de la esperanza nacional de Israel. Esta había sido comunicada al querido rey David de Israel por medio de una extraordinaria revelación otorgada a Él a través de Natán el profeta (hallado en *2 Samuel 7*, con su paralelo en *1 Crónicas 17*). Estos pasajes del expediente de la Escritura registran para la posteridad los arreglos divinos efectuados con la casa real de David. Desde el punto de vista de muchos historiadores y de algunos teólogos, el reino de Judá equivale a un imperio de menor importancia del Medio Oriente. En la Escritura, sin embargo, su significación para la historia del mundo y el destino de la raza humana no puede ser exagerada.

Uno podría esperar que en el Oeste Cristiano los términos del pacto hecho con la casa de David fuesen una lectura requerida de todos los estudiantes de la historia. Los documentos escriturarios que despliegan las intenciones de Dios para el mundo a través de la línea real de David, y que representan a la casa de Judá, son sumamente más significativos que la Carta Magna, o la Declaración de la Independencia. El contrato establecido con David y sus descendientes está respaldado por el poder del Creador mismo. Subscrito por una promesa divina, garantiza el futuro final de la raza humana bajo el gobierno benefactor en las manos del más grande hijo de David, quien creemos es Jesús de Nazaret. Como el heredero legítimo al trono de David, Él está ahora temporalmente retirado de la tierra. Él seguirá estando ausente hasta que un punto decisivo dramático en la historia del mundo sea marcado por su llegada para tomar el poder sobre las naciones de acuerdo con el plan revelado a David a través del profeta Natán y anunciado más adelante nuevamente por Jesús en el Evangelio Cristiano.

El pacto Davídico es profundamente político. Trata, podríamos decir, sobre la política divina. Es expresivo de la intención del Creador de restaurar la armonía a una tierra perturbada, cuyos actuales arreglos políticos han, en varias formas, fracasado en realizar el ideal para el cual fue creado el hombre. El propósito de Dios para el hombre era que este debiera reflejar a la divinidad en la tierra. Eso es lo que significa ser un “Hijo de Dios”, reflejar el carácter del Padre. Adán fue puesto a cargo del mundo y fue instruido a gobernarlo. Sostenidos por una continua comunión con el Creador, la primera pareja pudo haber llevado a cabo su mandato de “subyugar a la tierra”. Pero esto no fue así. Una interrupción fatal de la intención de Dios ocurrió cuando Adán y Eva se rindieron a los halagos de un poder rival. Fueron abrumados por las mentiras de Satanás. Cayendo para la contra propaganda del Diablo, abandonaron la Palabra de Dios que expresaba Su voluntad para la conducción de los asuntos en la tierra.

A un alcance mayor, el patrón de la indiferencia por la Palabra divina, fijado por la pareja original, ha sido característico del curso entero de la historia humana. Israel mismo, como guardianes de la revelación divina que Él preservó con cuidado meticuloso, fracasó en reconocer a su propio Mesías, quien era soberanamente el vehículo de la Palabra y de las palabras de Dios. Con excepciones notables – la familia de Noé, Abraham, Moisés, David, los profetas, como también héroes excepcionales de la fe de cada nación en cada edad – el curso de la historia está marcado por la violencia y la desarmonía en el nivel de la familia y de la nación. No se ha seguido la voluntad de Dios, ni se han observado sus leyes. El Apóstol más cercano a Jesús definió la condición del mundo como que “Yace bajo el poder del maligno” (*1 Juan 5:19*). Jesús creyó que su Reino tenía un origen absolutamente diferente de las actuales sociedades y que Satanás era ahora “el príncipe del mundo” (*Juan 14:30*). La Biblia ve la tierra actualmente como una provincia rebelde que ha rechazado a su Hacedor. Uno tiene que oír las noticias de cada noche que anuncian aún otro asesinato, para entender que el propósito de Dios para nuestra raza continúa estando frustrado.

En la faz de semejante infelicidad e injusticia obvios, y lo que parece ser a menudo sufrimiento sin propósito, muchos se desesperan por encontrar algún significado para la existencia. La Biblia responde a la tendencia a abandonar la esperanza asegurándonos que el mundo está, de hecho, yendo a alguna parte. Se está moviendo inexorablemente hacia la meta para la cual fue creado. Pero no piense ninguno que el progreso humano nos conducirá suavemente a un asilo seguro de paz y de prosperidad. Es el corazón del Mensaje de la Biblia que sólo una revocación dramática de las actuales tendencias producirá el mundo que decimos teóricamente que deseamos.

El pronóstico de la Biblia para la humanidad es severo. Pero hay luz al final del túnel. Los profetas de Israel dicen dos cosas. En primer lugar, las cosas son malas y no van a mejorar - por lo menos no al punto de alcanzar una paz genuina y duradera en la tierra. En segundo lugar, cuando Dios tome una mano en los asuntos humanos y quite al malvado y lo substituya por el justo, las cosas van a ser transformadas. Es solamente por un intercambio de los sistemas políticos que la mejora duradera va a venir. Más específicamente, es solamente cuando los agentes elegidos y entrenados de Dios asuman el control de las riendas del gobierno que el orden será restaurado por todo el mundo. Esta es la esencia de “Evangelio de Dios”, el anuncio del Reino.

Desafortunadamente esta clase de análisis de nuestro problema no es popular, y muchos rechazan sin control la solución bíblica. La idea de que no lo vamos “a lograr” sin una intervención divina lanza un golpe a nuestro sentido de la independencia. Muchos que afirman ser cristianos toman de la Biblia lo que es confortante y rechazan la cantidad masiva de material bíblico que se ocupa del juicio futuro, un acontecimiento descrito en ambos Testamentos como el día del Señor. El día del Señor es simplemente el momento futuro en historia cuando Dios decide intervenir para cambiar el curso de los asuntos del mundo dramáticamente, revolucionariamente y para siempre. El día del Señor de la Biblia Hebrea se compara en el Nuevo Testamento con la llegada futura de Jesús para gobernar en su Reino. Esto prueba una vez más que los Cristianos del Nuevo Testamento no han desechado el Antiguo Testamento. Asumen que sus lectores sabrán de qué se trata el Antiguo Testamento. No sienten la necesidad de volver a exponer lo que ya ha sido declarado por los profetas. Ellos esperan que entendamos que lo que revela el Antiguo Testamento sobre el plan de Dios tendrá sentido en la luz de la revelación continuada en Jesucristo.

Es de lo más injusto afirmar lealtad a Cristo si uno decide aguar o explicar de otra manera las enseñanzas indeseadas que tienen que hacer con el Día venidero del Señor, que es también la venida del Reino de Dios. Jesús no era ningún campesino Galileo benigno que tranquilizaba al mundo diciendo que todo estaba bien. Él es primero y principalmente un profeta y un portavoz para Dios, que expresa ambos, una tierna compasión por el sufrimiento del ser humano y un denunciador ardiente de la locura y la maldad de la forma de proceder del mundo. Sobre todo, Jesús es el portador de las buenas noticias - de un futuro brillante para el mundo entero cuando el Mesías venga a reinar.

La misión de Jesús fue conducida por su deseo abrumador de realizar la voluntad de su Padre, el Dios de Israel. Jesús resumió la razón de su ministerio como “el anuncio del Reino de Dios”. Ésa era “*la razón por la cual [Él] fue enviado*” (Lucas 4:43). Por consiguiente, un asimiento del Reino de Dios nos proveerá la llave para conocer la mente de Jesús.

Los Arreglos Divinos con David

Muy poco progreso es posible en nuestra búsqueda para entender la agenda de Jesús hasta que nosotros nos supeditemos a la investigación cuidadosa del papel sumamente importante del pacto Davídico, que Él lo trató como un anteproyecto del plan de Dios que se despliega para el mundo. Jesús, como es bien sabido, creyó de Sí Mismo que era la figura central en el drama del mundo, el agente legal designado del solo Dios, heredero al trono de David y ordenado para tomar su lugar como soberano en el Reino de Dios.

Los términos del pacto de Dios con el célebre monarca de Israel, el rey David, aparecen en *2 Samuel 7* y *1 Crónicas 17*. De esta declaración central del propósito de Dios, Israel derivó su esperanza inextinguible de un futuro brillante. El texto de la versión de Samuel es como sigue:

Aconteció que cuando ya el rey habitaba en su casa, después que Jehová le había dado reposo de todos sus enemigos en derredor, dijo el rey al profeta Natán: Mira ahora, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas. Y Natán dijo al rey: Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo. Aconteció aquella noche, que vino palabra de Jehová a Natán, diciendo: Ve y di a mi siervo David: Así ha dicho Jehová: ¿Tú me has de edificar casa en que yo morar? Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo. Y en todo cuanto he andado con todos los hijos de Israel, ¿he hablado yo palabra a alguna de las tribus de Israel, a quien haya mandado apacentar a mi pueblo de Israel, diciendo: ¿Por qué no me habéis edificado casa de cedro? Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo,

sobre Israel; y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra. Además, yo fijaré lugar a mi pueblo Israel y lo plantará, para que habite en su lugar y nunca más sea removido, ni los inicuos le aflijan más, como al principio, desde el día en que puse jueces sobre mi pueblo Israel; y a ti te dará descanso de todos tus enemigos. Asimismo, Jehová te hace saber que Él te hará casa. Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantará después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmará su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmará para siempre el trono de su reino. Yo le seré a Él padre, y Él me será a mi hijo. Y si Él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de Él como la apartó de Saúl, al cual quitó de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente. Conforme a todas estas palabras, y conforme a toda esta visión, así habló Natán a David (2 Samuel 7:1-17).

Los términos del plan de Dios para David e Israel son claros. David no será aquel que construirá el templo. Más bien, Dios construirá una dinastía para David. Hay una bendición para la nación también. Un lugar de, seguridad permanente será provisto para Israel. Se asocia a esa promesa la garantía de un rey que gobierne como sucesor de David para siempre. El informe paralelo en 1 Crónicas 17 omite la referencia a una reprimenda apropiada para el descendiente inmediato de David, Salomón. La versión posterior del pacto pone así un mayor énfasis en el objeto final de la promesa – el Mesías. De él se dice: “sino que lo confirmaré en mi casa y en mi reino eternamente, y su trono será firme para siempre” (1 Crónica 17:14). El Nuevo Testamento, citando un versículo de 2 de Samuel 7, reconoce a ambos, Jesús y a los cristianos, como los hijos e hijas Mesiánicos a quienes las promesas del pacto se aplican: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17, 18, citando 2 Samuel 7:14).^[1]

La garantía de la conclusión del pacto “un trono por siempre” por siempre resume la esperanza nacional de Israel y provee la base del Evangelio Cristiano sobre el Reino según lo proclamado por Jesús. Lo más apropiadamente posible el término “Mesías” o “Rey Ungido” se convirtió en el título para el rey previsto de la línea de David que presidiría en el templo y el Reino de Dios. Es la esencia de la creencia cristiana que el Jesús histórico, nacido en Belén, es la persona acerca de quien los documentos inspirados habían hablado.

Es importante no perder la propia definición que da la Biblia del Reino. Significa el reinado sobre el trono permanentemente seguro del gobernante final, que representará a Dios en el Reino Davídico como el soberano del Reino de Dios en la tierra. El Mesías o el Hijo de Dios debe ser el gobernante en el Reino de Dios (1 Crónicas 17:14). Debemos acentuar que el plan divino tiene que hacer con “un lugar para Israel” (2 Samuel 7:10), un trono y un Reino. Ninguno de estos términos se les debe permitir deslizarse lejos de nuestro asimiento. Estas son palabras con significados normales, naturales. Tienen que hacer con un imperio en la tierra y un rey que gobierna en Jerusalén. Son exactamente los términos empleados por Gabriel en Lucas 1:32, 33 que retoman los hilos del drama divino por medio de señalar hacia atrás al pacto Davídico, y hacia delante a la llegada del imperio Davídico – un nuevo orden mundial que reemplazará nuestro actual sistema por siempre.

El nacimiento de Jesús, como la figura dominante en el esquema divino, era de hecho la prueba de que Dios, su Padre, estaba trabajando en el mundo de acuerdo a las promesas hechas con el pueblo elegido. Gabriel habla a María y al mundo con palabras fuertemente evocadoras de 2 Samuel 7:

2 Samuel 7:12-14	Lucas 1:32, 33
<p>“El [El Hijo de David] edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mi hijo”.</p>	<p>“Y será [Jesús] grande y será llamado el Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará en la casa de Jacob para siempre, y Su reino no tendrá fin”.</p>

^[1] En 2 Corintios 1:21 se dice que los cristianos son “ungidos”, es decir, miembros de la comunidad mesiánica. Como santos, los cristianos son los designados para gobernar (Daniel 7:27).

El libro de Crónicas reconoce el pacto real como la sustancia de las provisiones de Dios con su pueblo. Un rey de Judá aboga al reino norteño separado de Israel: “¿Acaso no saben que Yahweh, el Dios de Israel, dio el reino de Israel para siempre a David, a él y a sus hijos, comprometiéndose para siempre? Y ahora ustedes quieren dominar **el reino de Yahweh, que está en manos de los hijos de David**” (2 Crónicas 13:5, 8). Es importante que se recuerde que el gobierno de David sobre Israel es llamado el Reino de Dios. El Reino, debe observarse, no es un Reino en los corazones de los hijos de David. Está en sus manos, bajo su control, pues gobiernan como vice regentes de *Yahweh*. Mirando retrospectivamente a la revelación que él había recibido por medio de Natán, David reflexionó sobre el pacto con estas palabras:

“Y de entre todos mis hijos, pues Yahweh me ha dado muchos hijos, eligió a mi hijo Salomón para que se siente en el trono del reino de Yahweh sobre Israel. Y él me dijo: Tu hijo Salomón edificará mi Casa y mis patios; porque le he escogido a él por hijo mío, y yo seré para él padre” (1 Crónicas 28:5, 6).

El éxito de Salomón dependió de su obediencia fiel. Como es bien sabido, él falló en la prueba al igual que muchos de sus descendientes de la línea real. La permanencia final del trono, sin embargo, fue asegurada por el compromiso divino jurado a David:

Por amor a David, tu servidor,
no apartes la cara de tu ungido.
El Señor se lo juró a David,
verdad de la que no se desdecirá:
“Del fruto de tus entrañas
Pondré a alguien en tu trono.
Si tus hijos guardaren mi alianza
y mis testimonios que les he enseñado,
también sus hijos para siempre
se sentarán en tu trono”.
Y el Señor escogió a Sion,
quiso que fuera su residencia:
“Aquí está mi descanso para siempre,
en ella moraré, pues yo lo quise.
Sus graneros los bendeciré
y a sus pobres los saciaré de pan.
De gloria revestiré a sus sacerdotes
y sus fieles gritarán de júbilo.
Allí haré brotar un cuerno para David,
allí pondré una lámpara para mi ungido.
Cubriré de vergüenza a sus enemigos
mientras sobre él brillará su diadema”.
(Salmo 132:10-18).

Tan impresionado estaba el rey David por la provisión de Dios para el futuro de su familia real y de la esperanza que esto proporcionaba al mundo que él dedicó sus últimas palabras a una celebración del Mesías y de Su gobierno mundial. Citamos la versión de estas palabras inspiradas sugeridas por *Keil y Delitzsch* en su comentario en *2 Samuel 23:1-6*:

“Estas son las últimas palabras de David: Oráculo de David, hijo de Jesé, oráculo del hombre puesto en alto, del ungido del Dios de Jacob, del cantor de los salmos de Israel. El Espíritu de Yahweh habla por mí, su palabra está en mi lengua. El Dios de Israel ha hablado, la Roca de Israel me ha dicho: “El justo que gobierne a los hombres y los gobierne en el temor a Dios es como la luz de la mañana cuando sale el sol, como mañana sin nubes, que hace brillar el pasto del campo después de la lluvia. Sí, así es mi familia ante Dios, que hizo conmigo una alianza eterna, en todo ordenada y segura. ¿No hará él que germinen mis esperanzas y todos mis deseos? Pero los malvados son espinas del desierto ...” ^[2]

En estos temas Jesús construyó su concepto del reino Mesianico.

^[2] *Keil and Delitzsch, “Commentary on the Old Testament”* (Comentario sobre el Antiguo Testamento), Hendrickson, 1989, Vol. II, pp. 484-490.

El último triunfo del Reino Davídico fue previsto también por los otros profetas de Israel. Isaías escribió en el octavo siglo del “Príncipe de Paz” y de su “gobierno de paz en el trono de David y sobre su reino” (Isaías 9:6, 7). La promesa del pacto señaló a un cumplimiento final. La profecía anunciaba que el Mesías que viene “establecerá y mantendrá [el Reino] con justicia y rectitud desde allí en adelante [es decir, el futuro Mesiánico] y por siempre” (Isaías 9:7). El proyecto entero estuvo sujeto a tener un resultado exitoso. Fue suscrito por el Señor Dios Mismo cuyo celo lo lograría.

El plan de Dios para Israel presentado en el pacto se había ocupado “del futuro distante” (2 Samuel 7:19). Un cumplimiento completo en el reinado de Salomón es por tanto imposible. Una frase poco advertida de la respuesta de David a la información proporcionada con Natán merece un comentario. De las palabras de un escrito de una teóloga australiana sobre el pacto Davídico, seleccionamos este extracto importante:

El tenor de la oración de David en 2 Samuel 7:18-29 indica que David comprendió bien el significado del pacto en los términos más amplios de las promesas divinas y de su efecto sobre la humanidad en su totalidad ... desconcertante en el verso 19 es el “*wezot torat ha'adam*” hebreo (literalmente “y **esta** es la ley del hombre” - necesita ser comprendido que “*torah*” es una palabra con una gama amplia de significados, básicamente tiene un sentido de la “guía”, “dirección” más bien que de insinuaciones legales completas como nuestra palabra “ley”) ... *W.C. Kaiser* ha demostrado claramente que el *versículo 19b* debe ser tomado como declaración, y que la frase Hebrea se refirió a servicios para introducir o para resumir (como aquí) un sistema de instrucciones divinas. Por “**esta**”, se están refiriendo a las promesas de la primera mitad del capítulo, mientras que por “ley del hombre”, están incluidas sus implicaciones para el futuro, hasta donde David lo entendía. La expresión hebrea curiosa, “ley del hombre”, se ha demostrado tener paralelos en la misma frase “*acadia terit nishe*” que lleva un significado de un “oráculo funesto para el hombre”. Lo que es transmitido por el término *acadio* es la noción de una expresión por la que el destino de la humanidad está controlado o regulado. Tal concepto encaja con el contexto de Samuel admirablemente y con más que una cierta probabilidad *Kaiser* sugiere que el sentido que debe darse a 2 Samuel 7:19b es “**esta es la carta por la cual la humanidad será dirigida**”. Es decir, en el oráculo que le ha sido entregado, **David acertadamente ve que están envueltos el futuro y el destino de la raza humana**. Las promesas a David se han basado sobre la amplia historia de los conceptos del pacto cuando, desde la creación hacia adelante, han cubierto el propósito divino para el desarrollo humano, y David había visto las completas conexiones del pacto que el oráculo de Natán ha ofrecido. ^[3]

Las implicaciones de esta comunicación divina extraordinaria concedida a David son de gran envergadura. Ellas proporcionan una vista en perspectiva del resultado de la historia humana. El futuro de la humanidad se enlaza con el futuro de la casa real de David. De esa familia emergerá un Mesías hombre de Estado competente para solucionar los problemas insuperables del mundo. El pacto concedido a David es nada menos que una carta divina que autoriza al Mesías y a sus asociados a gobernar el mundo. La historia está marchando a esa meta inevitable.

Ignorada por los historiadores, los filósofos y los antropólogos y descuidada por los teólogos, esta información preciosa ilumina la última historia de Jesús y de los cristianos primitivos. Ayuda a explicar el celo apasionado con el cual difundieron las Buenas Noticias. Se vieron como participantes en la empresa más grande concebida alguna vez por el hombre – o más bien concebida por Dios. Convencidos de las afirmaciones de Jesús, los cristianos se alinearon con el Mesías y su mensaje. Sabiendo que Jesús fue designado divinamente para gobernar el mundo *y que estaba invitándoles a que compartieran esa autoridad con Él* se vieron como una clase de quinta columna en un sistema mundial hostil. Su estatus verdadero no era reconocido, mientras trabajaban en el servicio de un rey ausente, anticipando el derrocamiento de los actuales gobiernos en la reaparición del Mesías.

Un paralelo parcial es proporcionado por los movimientos conspiradores en secreto en nuestro día, los cuales han sido denunciados por haber estado envueltos en planes para una toma de posesión del mundo. Es importante agregar inmediatamente que Jesús no era un paladín clandestino con motivos oscuros. Sus métodos eran completamente pacíficos y Su mensaje público. Sobre todo, Él era el canal elegido de la bendición para todos los que creyeron en Él. La mayoría de los que oyeron su agenda, sin embargo, no aceptó sus afirmaciones. Era inevitable, por lo tanto, que Jesús reuniera alrededor de El un número pequeño de discípulos íntimos que llegaron a estar cada vez más versados con el programa Mesiánico para el desarrollo del mundo a través de los siervos elegidos de Dios. Este cuadro de líderes creyentes formó una guardia anticipada del Reino de Dios, el cual un día sería manifestado en Jerusalén, de acuerdo al pacto-esperanza de la restauración del Reino. Debido a que tan pocos aceptaron a Jesús y su agenda Mesiánica (“*estrecho es el camino que conduce a la vida [en el reino] y pocos son los que le hallan*”, Mateo 7:14), se dice en el Nuevo Testamento que aquellos que lo encontraron están en la posesión de un secreto divino precioso, un tesoro inestimable, para el cual no hay sacrificio demasiado grande (Mateo 13:44-46). El secreto era su comprensión del plan del Reino de Dios, y su meta era calificar para la vida en la edad

^[3] *W.J. Dumbrell*, “The Davidic Covenant”, *The Reformed Theological Review* (39), May-Aug. 1980, p. 46.

venida del Reino y de una cita como corregente con el Mesías. E incluso si el mundo hostil los pusiera a la muerte, reaparecerían inmortalizados en la resurrección. Las puertas del Hades, inclusive, no prevalecerían contra ellos.

Las autoridades Romanas vieron a Jesús como una amenaza política potencial. No eran inconscientes de las implicaciones del Mesianismo. Sus peores miedos, sin embargo, no fueron justificados. Jesús no organizó ninguna revolución y no hizo ningún movimiento político. Cuando sus seguidores menos instruidos procuraron hacerle rey allí, entonces Jesús prontamente se fue solo a una montaña (*Juan 6:15*). El tiempo no había llegado para que El accediera al trono. Sin embargo, Él era candidato de Dios a la oficina real. Jesús sabía tan bien como sus partidarios que el papel de Mesías era liberar a Israel de la opresión extranjera (*Lucas 24:21*).¹⁴ Él también sabía que el sendero a la victoria era la crucifixión, la resurrección, la ascensión y un período de ausencia a la diestra del Padre. El tiempo para una asunción abierta del poder mundial no está todavía maduro.

El Incumplimiento del Pacto

El fracaso de Jesús, como Mesías, de efectuar una revolución o aun un cambio de gobierno en Su propio país ha presentado a los lectores de la Biblia con un problema. ¿En qué sentido puede Jesús ser el Mesías si nunca heredó el trono de David en Jerusalén? ¿Cómo puede el pacto Davídico haberse cumplido mientras el Mesías no está en la posesión del trono de la casa real de Judá? Una solución tradicional sostenida por las iglesias es afirmar que Jesús ha sido, en efecto, exaltado al estatus prometido para El, al haber sido conducido a la diestra del Padre. Su posición satisface en este momento las condiciones de las promesas antiguas. Esta teoría es la más problemática. Tal explicación conlleva dar a la idea Mesianica un significado enteramente nuevo, divorciado, como creemos, de las ideas que se agruparon alrededor de la esperanza Mesianica en su escenario histórico. El Nuevo Testamento nunca abandonó estas ideas. Los comentaristas judíos confrontados con los mismos hechos argumentan, por otro lado, que el fracaso de Jesús de cumplir lo que el Mesías estaba destinado a hacer “*gobernar como Rey en Israel*” va simplemente a demostrar que Jesús no era el Mesías. Él obviamente nunca se convirtió en el Mesías en el sentido exigido por los profetas y los pactos.

La tensión causada por este enigma es la raíz de mucha de la división entre aquellos que se llaman a sí mismos cristianos, así como entre los cristianos y los judíos. Nuestro propósito en estos capítulos es un intento de demostrar que ni el judío ni el cristiano tradicional sostienen una posición justificada por la revelación divina. Creemos con los judíos que cualquier demandante para el cargo de Mesías es un fraude si él nunca accede a un trono restaurado de David. Sin tal promoción a la oficina real, la herencia de la tierra, acompañadas por la liberación de Su pueblo y de la autoridad mundial, El simplemente no puede ser el Mesías bíblico. La verdad de la revelación completa dada a Abraham y a David está en juego en este punto. Creemos, junto con la iglesia histórica, que Jesús de Nazaret era, de hecho, el Mesías y que fue levantado de la muerte por la resurrección, pero nos oponemos firmemente a las nociones torcidas que la iglesia ha adherido al vocablo Mesías.

La opinión “recibida” de muchos lectores de la Biblia de que Jesús no necesita ascender al trono de David en Israel a fin de justificar su demanda de ser el Mesías, nos parece a nosotros que es claramente errada. Esta deja el drama Mesianico completo sin resolver, y pone en duda los pactos divinos. Las iglesias han gastado mucha energía tratando de justificar el significado obvio del papel destinado para el Mesías. Han tenido que hacer esto porque desean por un lado afirmar que Jesús es el Mesías y, por otro lado, negar que Él va a reaparecer otra vez sobre la tierra para restablecer un imperio Davídico con poder para gobernar el mundo. La gran diferencia entre el cristianismo tradicional y la fe de los creyentes del Nuevo Testamento tiene que hacer con el *futuro*. Nos parece a nosotros que las iglesias procuran constantemente una exposición de los documentos cristianos sin tomar en cuenta el gran clímax al cual la Biblia por todas partes mira hacia adelante. Ellos están tratando de leer la historia bíblica – que de principio a fin está coloreada por su esperanza Mesianica dinámica para el futuro – con el último capítulo a que las narrativas enteras se remiten, arrancado del libro. Esta tendencia anti mesianica aflige a los lectores de la Biblia tanto en el campo “Teológico” profesional como a aquellos que buscan una relación más “piadosa” con Dios.

El debate es crítico para el futuro de la iglesia. Es una discusión sobre el significado de la frase el Reino de Dios, que era la preocupación de Jesús de predicar y enseñar. Nos estamos ocupando, por lo tanto, de preguntas fundamentales sobre la naturaleza de la fe cristiana y del Evangelio Cristiano. El problema se presenta de esta manera: Si concedemos que los pactos hechos con Abraham y David expresan la intención divina para el mundo, debemos, o abandonar nuestra fe en Jesús como el objeto de las promesas,

¹⁴ *Josefo* se refiere a la creencia común de los judíos del primer siglo que “un hombre de su país se convertirá en el gobernante del mundo” (*Jewish War* 6. 312).

porque Él no las ha cumplido, o sostener que se necesita que suceda mucho aún para que la historia Mesiánica alcance su meta. Es la última alternativa que adoptamos, creyendo que esta es la opinión de los Apóstoles y de Jesús, quien les enseñó. La resolución de la dificultad presentada por el incumplimiento del Plan (el mundo no ha vuelto obviamente al paraíso bajo el Reino restaurado Mesiánico) será posible solamente cuando la futura venida de Jesús para gobernar el mundo con sus seguidores sea restaurada a la prominencia que por todas partes goza en ambos, los profetas Hebreos y en el Nuevo Testamento. (*Daniel 7:22, 27; Apocalipsis 5:10*)



¿La Gran Multitud = los 144.000?

por Carlos Xavier

Apocalipsis 7:1-9: “Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplará viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de **todas las tribus de los hijos de Israel**. De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De la tribu de Gad, doce mil sellados... De la tribu de José, doce mil sellados. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados. Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual **nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas**”.

A lo largo de milenios se han propuesto diferentes puntos de vista sobre la identidad de los 144.000 en el libro de Apocalipsis. Dado que “salen de la Gran Tribulación” (*Apocalipsis 7:15*), los entendemos como israelitas nacionales que llegarán a la fe bajo la presión de la Gran Tribulación. La “grande muchedumbre” entonces serían creyentes gentiles de otras naciones. Recientemente me he dado cuenta de una visión a menudo promovida por los amileniales: que los 144.000 son la gran multitud o, en otras palabras, que la gran multitud equivale a los 144.000.

Las siguientes son algunas razones por las que esta interpretación simplemente no se ajusta a la visión dada a Juan:

1. Se argumenta que hay un patrón de “oír-ver” en el Apocalipsis: cuando Juan escucha algo por primera vez, dicen, luego ve lo mismo. Pero Apocalipsis 7 comienza con ver, no oír. No se puede simplemente empezar en medio de la escena y decir que escuchar es lo primero. Y en *Apocalipsis 14* Juan ve los 144.000 de los que escuchó en *Apocalipsis 7* de todos modos, mostrando una vez más que el llamado patrón de “oír-ver” no funciona.

2. Juan nunca llama a la Iglesia “las doce tribus de Israel” ni habla de ellas como 12 tribus de 12.000 personas cada una. El “*Wycliffe Exegetical Commentary*” (Comentario Exegético de Wycliffe) añade:

“No existe ningún ejemplo claro de que la iglesia sea llamada ‘Israel’ en el Nuevo Testamento o en los escritos antiguos de la iglesia hasta el año 160 d.C. ... Este hecho paraliza cualquier intento de identificar a Israel como la iglesia en *Apocalipsis 7:4*. Tal intento se vuelve aún más ridículo porque requiere una interpretación tipológica que divida a la iglesia en doce tribus para que coincida con la lista de *Apocalipsis 7:5-8*, incluso con todas las irregularidades en esa lista ... El enfoque es tan erróneo que resulta grave. violencia al contexto. No puede sostenerse exegéticamente. El término “Israel” debe referirse a los descendientes físicos de Abraham, Isaac y Jacob. Esta es la comprensión natural y el uso normal de la palabra tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo Testamento”.

3. El hecho de que algunas tribus queden fuera y otras se agreguen (las “irregularidades” mencionadas anteriormente) no las convierte de alguna manera en gentiles. El “*Wycliffe Exegetical Commentary*” (Comentario Exegético de Wycliffe) nuevamente señala que “En aproximadamente 18 listas de los hijos de Jacob o Israel en el Antiguo Testamento, se omiten diferentes tribus en diferentes momentos... la ausencia de Simeón e Isacar en *Deuteronomio 33*, de Simeón y Judá en *Jueces 5*, y de Gad y Aser de *1 Crónicas*”.

4. ¡Las 12 tribus están claramente contadas, y luego está “la gran multitud que nadie podía contar”! Por lo tanto estos dos grupos no pueden ser iguales.

5. Los 144.000 son de las 12 tribus de Israel, pero la gran multitud es de “toda nación, tribu, pueblo y lengua”. Una vez más, estos dos grupos no pueden ser los

¡mismo!

6. Juan dice en 7:9 “*después de estas cosas miré*”, presentando un grupo diferente al grupo mencionado anteriormente. John no continúa con una descripción del mismo grupo.

7. Si todos los números del Apocalipsis son símbolos o figuras retóricas, ningún número del libro podría tomarse literalmente. ☞

¡Satanás no está actualmente atado!

“Cientos de años antes de la primera venida de Cristo, Satanás estaba ‘vagando sobre la tierra y caminando sobre ella’ (*Job 1:7*), y ahora, cientos de años después de la muerte y resurrección de Jesús, Satanás todavía ‘merodea’. como león rugiente, buscando a quien devorar” (*1 Pedro 5:8*). Su destino final está sellado, pero el Diablo actualmente no está atado ni sellado en el abismo como se describe en *Apocalipsis 20:1-3*. Como [Robert] Saucy explica:

“Todos los intentos de aplicar este cuadro al período actual, ya sea como una limitación del poder engañoso de Satanás sobre los creyentes o su incapacidad para impedir la difusión del evangelio en el mundo, son difíciles de armonizar con el lenguaje del pasaje y otras enseñanzas del nuevo Testamento. El texto no da ninguna indicación de que la limitación impuesta a Satanás sea de grado”.

“Por el contrario, el encierro de *Apocalipsis 20* es absoluto y por lo tanto el encierro de Satanás no es una realidad presente. En cambio, los mil años en la visión de Juan representan un reino Milenial que tendrá lugar entre la era actual y el estado eterno (consultar, *Isaías 24:21-23*), tal como enseña el premilenialismo”.

Matt Waymeyer, “The Binding of Satan in Revelation 20” (La atadura de Satanás en Apocalipsis 20), *The Master’s Seminary Journal*, primavera de 2015, pág. 45-46.

Jeremías 27:5

“Yo soy el Dios Todopoderoso de Israel, y con Mi poder creé la tierra, sus habitantes y todos los animales. Yo decido quién gobernará la tierra” (*Jeremías 27:5*, CEV. Ver también *Daniel 4:17*).

Más sobre la era venidera

“Interpretar la promesa de Dios de la tierra prometida a Abraham y su descendencia como algo más que una promesa de posesión definitiva y eterna para todos y cada uno de ellos, es despojarla de toda sustancia y convertir la fe patriarcal en un puro disparate. No, Abraham murió; murió y fue sepultado; un extraño y residente en el país se lo prometió; y murió con la fe de que esa promesa seguiría siendo suya. Lo mismo se aplica a Isaac, Jacob y José, y a todos los demás santos del Antiguo Testamento... Lo que Dios les ofreció no fue simplemente Él mismo en vida y en muerte; más bien era la Tierra la que se ve, aunque desde muy lejos; fueron los placeres que están en Su diestra para otorgarlos para siempre a Su santo; fue la resurrección; era la inmortalidad; era la muerte devorada por la victoria; era el Edén, o el Paraíso recuperado” (*Rev. Norman Logan, “The Old Testament and a Future Life”* (El Antiguo Testamento y una Vida Futura), *Scottish Journal of Theology*, 1953, p. 170-171).

“La idea de la inmortalidad del alma como derecho natural de nacimiento de todo ser humano es ajena a la Biblia. Ningún judío podría pensar en una vida incorpórea ... La respuesta bíblica al problema de la muerte es la resurrección. Y la resurrección requiere un acto de Dios tan culminante como lo fue la creación descrita en el Génesis ... Una doctrina platónica de la inmortalidad ha capturado durante tanto tiempo el pensamiento y la imaginación cristianos, reemplazando a los de la resurrección, que nos resulta desesperadamente difícil ver la visión bíblica realista. en su cruda grandeza” [*“Interpreter’s Bible on Eph. 2:1”* (Biblia del Intérprete sobre *Efesios 2:1*)].

El cristianismo tradicional ve el mundo como “un vasto campo de tránsito, en el que la tarea de la Iglesia es emitir boletos para el cielo y enviar a la gente al paraíso”. [John Robinson, “*On Being the Church in the World*” (Sobre ser la Iglesia en el mundo), pág. 133].

Comentarios

• “Soy suscriptor de la revista mensual “*Focus on the Kingdom*” (Enfocados en el Reino) desde hace más de siete años. Gracias a usted y a los escritores que presenta mensualmente diciendo la verdad sobre la fe y el monoteísmo y de qué se trata realmente el mensaje del evangelio, el Reino de Dios y su venida futura”. — *New Jersey*

• “Su Enfoque sobre el Reino de abril, en el que habló del tratamiento y asesinato del hermano *Servet*, me hizo llorar. Los católicos que matan a los protestantes, los protestantes que matan a los católicos y la caza de brujas que mata a tantas mujeres nos dicen mucho sobre lo peligrosa que puede ser la religión organizada. El hermano *Servet* fue asesinado por ser un verdadero seguidor de Cristo. Los perseguidores son obviamente los falsos cristianos”. — *YouTube*

• “Hace unos años leí su libro “*The Doctrine of the Trinity: Christianity’s Self-Inflicted Wound*” (La doctrina de la Trinidad: la herida autoinfligida del cristianismo). Este libro puso mi mente patas arriba. Si antes imaginaba a Jesús como un ángel encarnado, ahora lo considero la mejor de las personas. Muchas gracias por este maravilloso trabajo. Después de leer el libro, comencé a respetar a Cristo aún más”. — *Correo electrónico*

• “He estado estudiando toda mi vida para tratar de volver a la verdad original de Jesús y sus seguidores porque lo que nos han enseñado nunca fue cierto en mi mente. Le das sentido al mensaje simple y amoroso y a la verdad de nuestro Dios y Su Hijo”. — *Canadá*

• “Acabo de recibir la edición de mayo con el artículo titulado ‘Cómo estudiar la Biblia’, un extracto de “*The Gospel of the Kingdom*” (El Evangelio del Reino) de *Wiley Jones* (1879). Lo disfruté muchísimo. Será útil para mi clase de estudio bíblico”. — *Nuevo Hampshire*

“Después de lo dicho en las páginas anteriores, estamos dispuestos a reafirmar, en conclusión, que la doctrina moderna de la Trinidad no se encuentra en ningún documento o reliquia perteneciente a la Iglesia de los tres primeros siglos. Las letras, el arte, el uso, la teología, el culto, el credo, el himno, el canto, la doxología, la adscripción, el rito conmemorativo y la observancia festiva, en la medida en que se conserven restos o registros de ellos, provienen de tiempos antiguos, en lo que respecta a esta doctrina, un absoluto vacío. Testifican, en la medida en que lo hacen, de la supremacía del Padre, el único Dios verdadero; y a la naturaleza inferior y derivada del Hijo. En ningún lugar de ellos queda una Trinidad coigual. La cruz está ahí; Cristo está allí como el Buen Pastor, la mano del Padre colocando una corona, o corona de vencedor, sobre su cabeza; pero no un Tres indivisible: coigual, infinito, auto-existente y eterno. Ésta era una concepción a la que la época no había llegado. Fue de origen posterior”.

Alvan Lamson, “The Church of the First Three Centuries” (La Iglesia de los tres primeros siglos), 1865, pág. 396.